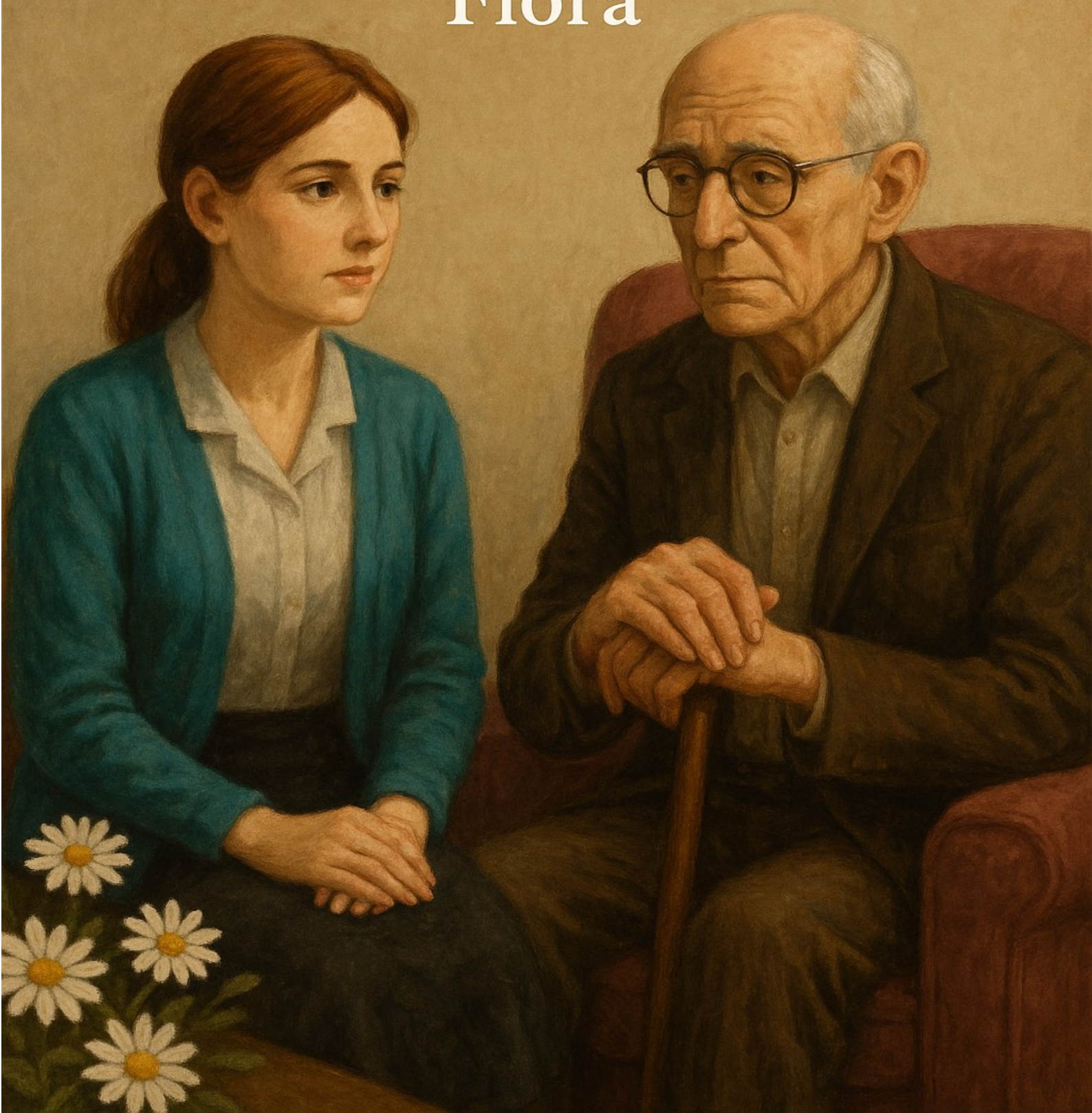


El trabajo de Flora

Flora



Créditos

«El trabajo de Flora» a.isanta

Primera edición, junio de 2025

Editado en Spain

Libro digital en formato PDF

Diseño de la cubierta y maquetación: a.isanta

Contacto:

culturanimapro@gmail.com

[a.isanta](#)

Reservados todos los derechos.

©2025, «El trabajo de Flora» a.isanta

Está prohibida la reproducción física o digital de este libro con finalidades comerciales sin el permiso del autor.

El trabajo de Flora

a.isanta

Era el primer día y no quería dejar nada al azar, por eso estaba llamando antes de la hora, por si acaso su viejo reloj jugueteaba con los retrasos que a menudo le regalaba.

Flora, paciente, hasta tuvo tiempo de contar las margaritas que había en la jardinera de la entrada. Se preguntaba cómo podía tardar tanto el abuelo que en teoría estaba dentro de la casa. Aunque bien mirado era un viejo y posiblemente estaba más impedido de lo que le habían informado.

La puerta al fin se abrió y permitió la contemplación de un señor muy mayor, de ochenta y tantos, pero de una figura erguida y esbelta que no concordaba con la edad que parecía tener, y a juzgar por sus facciones arrugadas y amortecidas. La tez de piel fina y pálida en extremo, delataba los vasos sanguíneos que tejían el rostro y la parte superior de un cráneo de pelo exiguo.

Se saludaron, ella con cortesía; él, parco en ademán y palabra le indicó que podía entrar. Con un escueto —¡sígame! —la condujo hasta el salón de la casa y le señaló el sofá donde debía sentarse.

Visiblemente irritado, sin mediar presentación alguna, el abuelo le preguntó por los motivos de su retraso. Flora, con expresión de no entender nada, respondió contrariada que todavía faltaban un par de minutos para la hora convenida.

—Señor, fíjese bien en el reloj, por favor, ¡he sido puntual! —Insistió ella.

—¡Oh! Tiene usted razón, disculpe. Ahora caigo, ayer hicieron el maldito cambio de hora, ya sabe el horario de verano. Pensaba pues que se había retrasado una hora, perdone. Esos cambios únicamente sirven para que uno se descentre, no sé por qué lo hacen.

Flora le explicó brevemente los beneficios en el ahorro de energía y demás pero él no parecía estar muy interesado en escucharla.

Ahora imaginad una larga y pesada disertación que Flora tiene que soportar, con semblante impertérito, sobre como deben de hacerse las cosas en la casa: limpieza, preparación de comidas, orden de los enseres y muebles de todo tipo. Todo tiene que estar perfectamente organizado, con pulcritud y delicadeza extremas. Eso es lo que reclama el anciano, sobre todo delicadeza pues él es y está muy delicado. Y todo eso solamente en

dos horas diarias de trabajo. Pues si, ella está preparada para todo y aguantará y cumplirá con la tarea al pie de la letra. Es una sufridora nata y se comerá lo que le echen por unos cuantos euros miserables. Soportará con estoicismo las ordenes y manías del viejo, porque es lo que percibe en ese primer contacto, es lo que aceptará la sumisa Flora. La agencia que la contrató ya le dejó muy claro a lo que se enfrentaba si aceptaba el trabajo. Le avisaron del carácter fuerte y tan especial del señor al que prestaría el servicio.

Transcurridos unos meses, todas las exigencias y excentricidades del abuelo ya habían sido asimiladas por Flora. El tiempo le permitió conocer al señor y proveerse de la previsión necesaria para actuar con antelación a las órdenes, bufidos y berridos que emitía cada cinco minutos.

Y después de un tiempo que todo lo modula... ¿quién es Flora para el abuelo?

La hostilidad primigenia que emanaba por todos sus poros había dejado paso a la confianza y el abuelo daba síntomas de estar a gusto con ella. Era una evidencia que se estaba ganando semejante privilegio día a día; se anticipaba a todo, cumplía a la perfección y eso permitía que, incluso, flotara ya por la casa un halo de cierto cariño.

Era un cariño no demostrado que él se esforzaba en ocultar bajo su comportamiento huraño y malhumorado; su arrogancia no le permitía buscar una fluidez recíproca. Pero Flora percibía esa energía positiva que no se dejaba ver. Mucho más lista que él sabía reconocerla y administrarla de forma que tampoco se notara en forma de emociones; también era hábil para canalizarla a través del buen trabajo y mejor atención cada jornada que pasaba en aquella casa.

Y... ¿quién es el abuelo para Flora?

Con ella el abuelo adoptaba el rol de hombre frio. Anciano, pero aún hombre, mantenía la distancia suficiente que identificara claramente al superior del súbdito; pero en realidad trascendían unos sentimientos tan palpables que Flora reconocía como algo más que el simple cariño afectuoso. El anciano transformado en un ser duro pero entrañable, adusto pero afable, parco pero a su vez abundante en su interior; era ya una colección de ambigüedades perfectamente desempeñadas y con la maestría

de un buen actor. Flora podía ver el disfraz pero también lo que escondía tras de si y podía reconocer el valor intrínseco que el viejo era incapaz de sacar fuera de sus vísceras.

Con la llegada del buen tiempo, él se animó a salir de casa y propuso dar paseos al aire libre. El parque que había enfrente de su casa era una zona verde exuberante con mucha variedad de especies vegetales, muy bien cuidada, que invitaba a disfrutar del lugar.

La confianza se iba abriendo paso y el abuelo pensaba en ampliar el horario de servicio para poder disfrutar más de la compañía de Flora. Le agradaba su presencia y por ello empezaba a querer abrirse a ella. Poco a poco dejaba caer intimidades, recuerdos y andanzas de su vida, mientras ella trajinaba de un lado para otro con su labor. Un día se sintió con ganas de contar algo de su familia y Flora, impresionada por el tema, pues daba por supuesto que el viejo estaba solo en el mundo, hasta dejó lo que estaba haciendo y se sentó cerca de él para atender mejor. Cuando se dio cuenta, por un momento pensó en la bronca del abuelo por mostrarse ociosa. No sucedió tal cosa, él seguía hablando e incluso hizo un ademán entre palabras para que se acomodara, como indicando que así estaría más a gusto escuchando su historia.

Contaba que de joven había sido un avispado y exitoso hombre de negocios que le llevaron a establecerse en Newark (USA). Fue un bala perdida con las mujeres, hasta que allí hubo una que lo cazó. Conoció a Rachel y enamorado hasta el tuétano se casaron. Fruto del matrimonio nació un hijo que actualmente residía en América.

Se hacia tarde y Flora, toda amabilidad, tuvo que interrumpir el discurso para irse a su casa, no sin antes advertirle que mañana continuaría escuchando con mucho gusto.

Al día siguiente lo primero que hizo él fue proponer una salida al parque y que no tocara nada de la casa, se podía hacer después. Lo importante era el paseo y tener su atención para poder seguir contando su vida. Era una ilusión como hacia tiempo que no tenía, un motor de ganas de moverse, hacer, sentir; tenía la oportunidad de revivir su vida con alguien como Flora, con alguien que se estaba ganando su aprecio, y sobre todo por poder acabar con una interminable soledad.

Pertrechados en una zona del parque donde los árboles daban su mejor sombra, y que decidieron como favorita, el abuelo se dispuso a proseguir con el relato interrumpido el día anterior. Antes de empezar, ella percibió una aureola de tristeza en él y dedujo que quizá se disponía a rescatar algún pasaje desagradable de su memoria. Así fue cuando entró en la parte que se refería a la muerte de Rachel, a la época que enviudó por culpa de una leucemia fulminante que lo dejó con un pequeño de dos años.

Flora acogió en su regazo una mano del abuelo para darle consuelo mientras se desahogaba, al tiempo que su gesto sufría una metamorfosis para anunciar el paso de la tristeza al arrepentimiento. Las palabras que brotaban la emocionaron pero hicieron que quisiera saber más de aquel amargo pesar.

Se deshizo ya en sollozo abierto el anciano, que prosiguió como pudo, y le explicaba que fue cobarde en el momento que ahora consideraba como crucial en su vida, que a pesar de la valentía demostrada en otros aspectos en realidad la cobardía daba un resumen claro al compendio de su existencia. Cuando se vio solo en el mundo con un hijo, sin Rachel, no fue capaz de afrontarlo y lo dejó a cargo de los servicios sociales del estado de New Jersey para que tramitaran la adopción. Aquel acto vil estigmatizó su interior dejando una cicatriz imborrable en su corazón. Abandonó al niño en América y regresó a España para reconstruir una vida sobre las ruinas de una miseria moral que le acompañaría el resto de su vida.

Nunca hizo nada para saber de su hijo, o mejor dicho si que hizo lo conveniente para establecer una desconexión total, una barrera infranqueable para que no hallara pistas de su padre cuando tuviera uso de razón.

Durante años creyó que eso era lo mejor para su hijo, aun llevando un remordimiento que crecía según se acercaba la senectud. Ahora, al ver cercano el fin de sus días, el impulso de querer enmendar el mal infligido ya era muy grande. Aquel niño que se sabía descendiente de unos padres desaparecidos con la mejor versión contada por quien hubiera guiado sus primeros pasos, debía descubrir la verdad, lo merecía, por dignidad de todos.

Las confidencias del abuelo se prolongaron durante varios días. En sucesivos paseos desmenuzó los sentimientos y se los ofreció a Flora con la misma intensidad que ella los recogió. Los hizo suyos, fue un grado de empatía doloroso, sufrió al unísono. El trasvase les dejó exhaustos e impregnados de un amor paterno filial, intruso y extraño.

Todo ese desgaste emocional provocó en el abuelo una sensación de alivio al tiempo que un rápido deterioro físico y mental. Se había vaciado por completo y su humanidad quería descansar anunciando el final de un trayecto que se mantuvo esquivo mientras no llegara el momento adecuado.

Ahora el camino de la redención estaba abierto, pero todavía faltaba algo importante para completarlo y poder irse en paz. No obstante su alma errante ya hacía los preparativos.

La debilidad hizo que enfermara gravemente. Flora, como única persona cercana, se encargó de las gestiones para el traslado al hospital. Ingresó directamente en la planta de paliativos con el mensaje tácito de que solo cabía esperar el desenlace.

Allí se instaló Flora, con él, acompañándolo las veinticuatro horas del día. Únicamente bajaba breves intervalos para comer algo en el restaurante del hospital. Pidió permiso para que le dejaran traer un catre plegable algo más cómodo que el sillón de la habitación.

Entre vigiliass, una de las noches, él murmuraba algo que ella no llegaba a entender. Se acercó para consolar lo que imaginó eran pesadillas y vio que intentaba expresarse de forma consciente. Estaba despierto y hacía gestos con la mano para que se acercara aún más.

La lucidez pasajera mostrada por el abuelo permitió que conminara a Flora en la búsqueda del hijo. Era prácticamente una orden, no le preocupó su capacidad y predisposición para poder hacer tal cosa. Ella no ocultó la desilusión que le produjo el tono amenazante de la petición y sin mediar palabra se apartó de él inmediatamente, quería mostrar el rechazo que le produjo. Salió al pasillo para intentar mitigar la decepción y reflexionar sobre como podía afrontar aquello.

Flora, abrumada, era incapaz de discernir entre los motivos por los cuales el abuelo le había planteado aquel reto, de esa forma tan desagradable y

sacando a relucir su mal carácter original. Se sentía engañada por una farsa, llegando a dudar de una querencia quizá inexistente.

Pasó un par de horas sentada en aquel pasillo con la espalda apoyada en la pared y la cabeza entre sus manos, la exprimió hasta la consumación y entonces fue cuando quedó un espacio para que cupiera una conclusión: *<<prescindiré de si el abuelo actúa de este modo por la lucidez que lo ha devuelto a su ser, o si actúa por una debilidad que no le da otra opción que aferrarse a lo conocido y así asegurar la transmisión de su deseo>>.*

Entonces Flora, con determinación, entró de nuevo en la habitación. Se acercó al anciano dormido y le susurró al oído.

—Abuelo, no temas, sé quien eres, sé quien soy...; lo que siento por ti abrirá la senda de tu liberación.

Lo besó en la frente y procurando no hacer ruido al cerrar la puerta se marchó.